

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año XI

Mahón 27 de Febrero de 1935

Núm. 595

El pensamiento cristiano en la familia

Por el Doctor Gomá, Arzobispo de Toledo

Para vivir en cristiano hay que pensar en cristiano; no porque el pensamiento cristiano tenga eficacia definitiva para ordenar la vida según las exigencias de nuestra religión, sino porque el hombre, cuyo carácter específico es la racionalidad, necesita el pensamiento para conformar la vida a sus exigencias.

En este sencillo principio tenemos la explicación de la irreligiosidad, o a lo menos, de la arreligiosidad de la familia moderna. Ignorancia, indiferencia, incredulidad, hostilidad: son las fases o estados del pensamiento en orden a la verdad religiosa. Todas ellas tienen como consecuencia fatal la carencia de la vida religiosa en la familia. Digamos que la ignorancia y la indiferencia son los males más comunes, muy comunes, del pensamiento de hoy en orden a la verdad religiosa.

Y, no obstante, la familia cristiana debe pensar en cristiano. Es deber que brota de su misma naturaleza. La familia se construyó según Cristo en la castidad de los casos en nuestro país: el pacto matrimonial fué un sacramento de la Iglesia; los hijos recibieron el bautismo, por el que fueron incorporados a Cristo y a la Iglesia; contadísimo serán las familias que consintiesen en ser declaradas fuera de la Iglesia. Luego el pensamiento de la familia debe ser el pensamiento de Cristo y de la Iglesia, porque la vida de la familia, por todas estas razones, no puede desarrollarse fuera de la Iglesia.

Es la familia, además, una sociedad natural, semilla de la sociedad civil. Como tal; y bajo los dos aspectos, de sociedad autónoma y como tributaria de la gran sociedad, la familia debe ser religiosa, porque la religión es deber que atañe al hombre como individuo y como ser social. Luego nuestra familia debe ser cristiana, porque, según la religión, cristiana se constituyó, y cristiana es la sociedad de la que forma parte y a la que debe prestar la contribución de su vida.

Tal vez no se den cuenta nuestras familias de este aspecto social de su vida religiosa. Dondequiera haya una agrupación de seres humanos determinada por la ley natural, y bajo la razón específica de la agrupación, deberán vivir religiosamente los agrupados. Así debe ser en la familia, en el municipio, en la ciudad, en la nación. Con razón se ha dicho que la familia, la ciudad y la república no son más que el hombre dilatado, un gran hombre civil y políticamente engrandecido.

El cristianismo ha socializado el culto, en tal forma, que no hay más que una familia inmensa, la Iglesia católica, que rinde a Dios el tributo de su adoración en forma oficial y pública; es la Santa Liturgia. Pero, fuera de ella, o

mejor, para preparar a ella, para darla toda la plenitud e intensidad de fuerza religiosa social, el pensamiento cristiano no debe informar a los individuos y a las familias.

¿Quiénes harán brillar el pensamiento cristiano en la familia? Pesa este deber, sobre todo, sobre los padres, solidariamente. El padre y la madre, lo hemos dicho ya, son los maestros natos de sus hijos; en orden a la verdad religiosa, son los colaboradores de Jesucristo, y de su Iglesia, en su formación mental. Ellos, pues, deben tomar la santa semilla de la fe que profesan y sembrarla en la inteligencia y en el corazón de sus pequeños.

No insistimos en un punto ya anteriormente desarrollado. Pero sí decimos que es antinatural y monstruoso el abstencionismo de los padres que, profetizando la fe cristiana, dejan pasar los primeros años de la vida de sus hijos sin llenar su inteligencia de la verdad religiosa.

Ni les es lícito a los padres escurrirse en sus ocupaciones, o descargarse en los maestros y sacerdotes. El magisterio de la doctrina cristiana en el hogar no requiere una labor larga y sistemática como la del maestro en la escuela. Basta que los padres no represen la luz de su pensamiento: la lámpara encendida arroja las tinieblas de una sala, sin más esfuerzo que brillar; así pueden el padre y la madre adoctrinar a sus hijos, con sola la voluntad de brillar sobre el candelero de su dignidad y autoridad, «para iluminar a todos los de la casa», en frase de Jesús; dejando caer de sus labios, con oportunidad y destreza, en el juego, en el paseo, en la mesa, en las horas de solaz o de íntimas expansiones, la verdad, que tendrá siempre dispuesta a flor de labios, para alimentar, como el ave a sus polluelos, las inteligencias de sus hijos.

Son los padres verdaderos ministros de Dios en este punto. Dios instituyó la sociedad conyugal cuyo fin primario, dice Santo Tomás, es producir hombres para el culto de Dios, no hombres a secas; y ello demanda que, con la vida del cuerpo, se dé la vida religiosa a los hijos.

Son también ministros de la Iglesia los padres; porque la Iglesia tiene escaso contacto con el niño, y no puede hacer más que desarrollar la simiente que en sus almas depositen los padres.

Los mismos padres deberán cuidar que no se debilite o extinga en sí mismos la luz de la doctrina cristiana. Como todo conocimiento, así el de las cosas de la religión se empaña o se olvida. Aquí, la realidad que hemos visto y palpado nos sugiere reflexiones amargas. La formación religiosa de la juventud peca ya de reducida y endeble. Unas fórmulas del catecismo, que llegan a poseer sólo los más aventajados, y nada más. Aun esto tiene todo el carácter de mera disciplina mental como la gramática o la geografía, y, como no se vive, pronto se olvida. Y se llega al matrimonio, casi siempre, sobre todo en las ciudades, con nociones escasisimas de religión. ¿Qué le enseñarán a su hijo

este hombre y esta mujer, si llegan a ser padres?

Entren éstos en la convicción del deber y de su responsabilidad tremenda en este punto; y esfuércense, por la honesta lectura, por la asistencia o la catequesis parroquial, en restaurar su caudal de ideas sobre nuestra religión que transfundan luego a sus hijos.

(De «Ellas».)

La Moda en París

París, Febrero 1935.

Comentarios carnavalescos. Los trajes de estilo se cuentan entre los disfraces más elegantes, pero existe falsa creencia de que la confección sombril está llena de dificultades, casi insuperables, para la modista aficionada a esta clase de trabajos. Es un error muy fácil de disipar, y para ello voy a dar los detalles más indispensables por si desean moldear el turbante de dama turca. Este modelo se trabaja con el brillante crep satín, que es el género favorito, combinando, junto al tul bordado, lentejuelas doradas. La misma riqueza de la tela hace difícil su adorno; éste desde luego, ha de ser sobrio, pero algo ha de llevar para romper la monotonía del unicolor. Una bola o moneda dorada a base de motivo, es la mejor fantasía que se puede usar sobre la frente, sin desmerecer el conjunto. Si no tienen ninguna monedita, el buen gusto aconseja (que no se pongan más de una) y recorten el diseño en cartulina fina forrándolo de tul bordado con tachitas que serán planas y de facetas, colocando en el centro una color verde esmeralda, al objeto de semejar un broche de pedrería y que no aparezca como un vulgar motivo. Los collares y joyas que se luzcan con esta creación, han de guardar cierta relación de colorido con el «cabouchon» de la frente. Lo más original son las dos tiras que sujetan el motivo; serán de tul bordadas con lentejuelas doradas; cuanto más pequeñas sean, más fina resulta su confección. La «calotte» está compuesta de tiritas de dos centímetros de ancho, unas de tul, bordadas con lentejuelas doradas, y otras lisas, de satén, trabajadas entrecruzadas; su separación también será de dos centímetros; para que se vea entre medio el cabello. Si quieren simplificarla, pueden hacer la «calotte» completamente de satín; pero favorece mucho más bordada con lentejuelas. Las medidas son las corrientes, o sean ruedo de cabeza, 54 centímetros; largo de la frente, hasta la nuca, 27 centímetros; lado derecho a izquierdo, 26 cms.: sin escotar el casco, que quede redondo, si no harían ustedes la silueta del turbante corriente. El drapeado del lado derecho se copia con un biés de satín, en cambio, al lado izquierdo se pondrá una tira ancha de tul bordada con lentejuelas doradas que se arrollará detrás, en la nuca, junto con la de satín. El género del lado izquierdo se monta todo sobre el casco, mientras el derecho sobresale el peinado; tapando un poco la ceja da un carácter más carnavalesco al conjunto. Nada de confeccionar forma tipo ni cuellecito «espartier», pues como sólo es de momento, este modelo se monta sobre la horma de madera, y con el lápiz se trazan sus medidas, sujetando con puntas la cinta «gros grain» que sirve para sostener toda la indumentaria. El maquillaje a discreción y cuando se pinten los labios pasen el «crayon» ligeramente sin deformarlos, y les dará esa personalidad fascinante que se aparta de la vulgaridad.

LA CHAPELIERE

* * *

A las ropas confeccionadas, les está reservado grato porvenir

—Estamos en un momento de espera, de tregua. Todo ha salido como si dijéramos a la circulación, lo absurdo, lo tolerable y lo elegante. —El año ha sido pródigo en novedades. Para cuantos gustos la existencia marcaba una obligación se la ha atendido sin reservas.

—Es el año en que damas y damitas han visto desarrollarse hasta la cumbre de sus apetitos sus deseos, sus aspiraciones para con el vestido.

—Ateniéndonos a la regla que ha presidido en la temporada, se ha buscado con escrúpulo y con interés, dejar el contento a satisfacción de todas las instancias.

—Tipos opuestos, colores en contraste, no ha faltado en cada caso la forma, el sentido cabal de ajustación para aquellas demandas.

—Lo estamos viendo. Cada temporada registramos un avance, un progreso en pos de la elegancia, de la armonía de la línea, para hacerlo asequible a las jerarquías diversas de la sociedad.

—Y el abaratamiento de las modas, permite y facilita que estas conquistas no sean solamente disfrutadas por las clases altas.

—Tanto se han extendido y divulgado que hoy están al alcance de todo el mundo. Tu fíjate. No tienes que poner un pero. Esas muchachitas de los grandes y pequeños establecimientos, ¿por su apariencia, descubren lo que son?

—¡Que val! Hay algunas, con tal gracia y prestancia que nada, chica, juegan al equivoco de una manera perfecta. No hay moda para ellas desconocida. Y luego, la saben vestir con una propiedad...

—Capaz de confundirlas con un título, o algo parecido, ¿no es eso?

—Exactamente. Y además, otra nueva. Las ropas confeccionadas, plantean un problema y lo resuelven a las mil maravillas.

—Porque, actualmente, si una tela cualquiera, se adquiere a precio bajo, hija mía, la mano de obra, la modista, te gravaba en tres veces el presupuesto.

—Y las ropas hechas, entran en un instante de oportunidad para permitir concertar las posibilidades de adquisición con los recursos económicos.

—Las ropas confeccionadas, en plan de franca expansión abren horizontes totalmente desconocidos. Y día llegará que nuestros vestidos, los encargaremos por telégrafo, con solo dar las medidas subordinadas a una norma común para todo el mundo.

LOLA DE LORENA

PEQUEÑAS ECONOMÍAS

Cuando queda pan del día anterior, puede volverse fresco envolviéndolo durante algunos minutos en una servilleta húmeda y poniéndolo al horno hasta que esté bien caliente; debe dejarse enfriarse lentamente.

Al hacer postres que llevan solamente yemas o más yemas que claras, como flanes y cremas, éstas no deben tirarse, pues sirven perfectamente para pasar el pescado antes de ponerle el pan rallado, en vez utilizar para ello un huevo entero.

Así, también las milanesas pueden prepararse con un huevo y otra clara, y, finalmente, pueden ponerse una o dos «en contrabando», al hacer una tortilla.

Esto, aparte de que pueden aprovecharse en la preparación de deliciosas golosinas y para clarificar los jarabes que se han de emplear para hacer licores o refrescos.

La carne dura se hace más tierna poniéndola en remojo con agua avinagrada durante algunos minutos.

PENSAMIENTOS

Como la proa del barco al sumergirse en el mar deja tras sí una reluciente espuma, así una silueta de mujer deja un resplandor fugitivo en la vida de un hombre.

—Los flores tienen que regarse con agua cristalina para florecer; y nuestro corazón también ha de regarse con la ilusión para hacer germinar la felicidad...

La modestia

Por JOSÉ SELGAS

Por las flores proclamado
rey de una hermosa pradera
un clavel afortunado
dió principio a su reinado
al nacer la primavera.

Con majestad soberana
llevaba, y con noble brío,
el regio manto de grana,
y sobre la frente ufana
la corona de rocío.

Su comitiva de honor
mandaba, por ser costumbre,
el céfiro volador,
y había en su servidumbre
hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
porque también era el uso,
quiso una flor por esposa,
y regimiento dispuso
elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
y porque causa delicia,
en la numerosa grey,
pronto corrió la noticia
por los estados del rey.

Y en revuelta actividad
cada flor abre el arcano
de su fecunda beldad,
por prender la voluntad
del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
engalanarse se veían
con harta envidia, dispuestas
a ver las solemnes fiestas
que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla,
el rey admirado duda,
cuando ocultarse sencilla
vió una tierna florecilla
entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor
de su corona le inquieta,
pregúntale con amor:
—Como te llamas?— Violeta,
dijo temblando la flor.

—Y te ocultas cuidadosa,
y no luces tus colores,
violeta dulce y medrosa,
hoy que entre todas las flores
va el rey a elegir esposa?

Siempre temblando la flor,
aunque llena de placer,
suspiró y dijo:— Señor,
yo no puedo merecer
tan distinguido favor.—

El rey suspenso la mira
y se inclina dulcemente;
tanta modestia le admira;
su blanda esencia respira,
y dice alzando la frente:

—Me depara mi ventura
esposa noble y apuesta;
sepa, si alguno murmura,
que la mejor hermosura,
es la hermosura modesta.—

Dijo, y el aura afanosa
publicó en forma de ley,
con voz dulce y melodiosa,
que la violeta es la esposa
elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas,
ambos esposos se dieron
pruebas de amor manifiestas,
y en aquel reinado fueron
todas las flores modestas.

EL MUEBLE DE MAYOR UTILIDAD

Vamos a dedicar estas líneas a hacer un comentario sobre un mueble que, sin lugar a dudas, existe en todas las viviendas y que constituye muchas veces una gala de un hogar elegante: Se trata del armario.

En los tiempos gloriosos de la Grecia clásica sabemos que ya se usaban los armarios para guardar objetos y ropas. La palabra que hoy utilizamos para designar estos muebles viene del latín y significa sitio destinado para colocar las armas, porque para ello los usaron los romanos y pueblos civilizados del resto de Europa durante la edad media.

Con el transcurso del tiempo fué adquiriendo este mueble cada día mayor boga para los diferentes usos que pueden dársele: bibliotecas, roperos, vitrinas, cuando llevan puertas con vidrieras, alacenas, si van incrustados en la pared, y otras formas; llegando a su mejor apogeo en el Renacimiento, época de la cual se conservan algunos ejemplares que pueden calificarse de verdaderas alhajas de ebanistería, ejecutados con preciosas maderas, primorosamente tallados, con riquísimas incrustaciones de concha, madreperla, bronce y plata. De éstos existen algunos en verdad maravillosos en los museos y antiguos palacios de Francia, Italia, Alemania y otros países.

En nuestro tiempo continúa sirviendo este mueble para muchos casos y se colocan en todas las habitaciones de la casa, adecuadamente para lo que se les estima necesario.

Para el hall es de gran efecto y utilidad tener un armario de estilo español o inglés de madera oscura. En los salones se acostumbra colocar vi-

trinas que sirven para guardar miniaturas, abanicos, joyas y finos bibelots de porcelana. En el comedor, que paulatinamente va convirtiéndose de nuevo en una sencilla sala como lo era en épocas antiguas, se pueden utilizar las alacenas o grandes y pequeños armarios, de madera tallada o lisa, según el estilo que se desee, siendo muy señalados los franceses, especialmente el modelo normando, y los italianos: aquí se coloca la plata y demás vajilla de porcelana y cristal, sin exhibir nada más que unas pocas piezas de plata bellamente ejecutadas, de tal forma que el comedor dé más bien una impresión de salón serio y elegante que lo acostumbrado. En el despacho es de suma utilidad tener varios armarios que sirven para colocar los libros y para archivar correspondencia y documentos de cierta importancia. Finalmente es sabido lo cómodo que resulta en el gabinete de vestir o en la alcoba un armario grande para las ropas, con espejos o sin ellos.

Todo lo antecedente se refiere a las habitaciones exclusivas de la familia, pero no debemos olvidar que para las dependencias también es indispensable poseer armarios. Cuantos más, mejor, pues el orden del hogar estará así más normalizado.

En la cocina se necesita por lo menos uno para los objetos de uso constante; otro debe haber para la repostería en el cuarto respectivo, y varios en la habitación destinada al planchado para colocar la ropa blanca. Estos armarios deben ser de maderas fuertes, sencillos y pintados o barnizados con colores claros.

Los armarios para guardar la ropa blanca pueden tener las puertas cubiertas con cretones de vivos colores, con lo cual adquieren un aire elegante y muy alegre. El de la cocina se puede tener con sus tableros forrados de hule blanco, que permite la limpieza más escrupulosa siempre.

Es de mucha utilidad en una casa e indispensable cuando se trata de familia numerosa, tener un armario dedicado exclusivamente para guardar el calzado, ya que por razones higiénicas, esta prenda no debe colocarse junto con lo demás, pues así lo aconseja la salud de todos.

Basta por hoy con lo antecedente para lo tratado, y quedamos en la seguridad de que nuestras amables lectoras estimarán en cuanto vale el armario, mueble de máxima utilidad, sin comprender las mesas, las sillas ni las camas, que ya pasan a la esfera de lo indispensable, por su uso ineludible de cada día.

MISS ANY

DE COCINA

SOPA DE HIGADO

Debe comenzarse por cocer medio kilo de hígado de ternera o de cerdo en agua sazónada con vinagre, sal y pimienta, dejándolo enfriar una vez cocido. Cuando esté duro, se ralla y se le añaden ralladuras de queso blanco, seco, mezclándolo bien.

El conjunto se deslíe en el mortero, en cuatro tazas de caldo sazónado, y se pone a cocer unos cuantos minutos, con lo que queda hecho el caldo de la sopa.

Luego se parte el pan en la forma corriente, rehogándolo en manteca de cerdo derretida, y se vuelca el caldo en la cacerola en que se ha hecho el rehogado, poniéndolo al horno para que espese un poco.

lastrada, los jazmineros, las flores pasión, las grosellas. Ondulan en sus tallos los claveles rojos, blancos y rosados, despidiendo un perfume que marea. Cantan las cigarras, silba la sirena de un vapor. Más cerca de mí, las hoces brillan y el ris-rás que producen me adormece.

Un segador increpa a los otros enemigo de la charca del arrozal. Se eleva al cielo una copleja. Cierro los ojos. Quisiera dormir... Tengo un corto sueño feliz en el cual yo, no soy yo; es una mujer dichosa que ríe y canta y es amada, y... al despertar con hondo sobresalto por la trepidación del auto que sale de su cubil, antes de poderme dar cuenta de que toda aquella ilusión es un sueño, siento en mí un grito impetuoso de juventud, como un ansia loca, una oleada formidable de algo nuevo que me agita y me envuelve con sus tentáculos.

Podría yo decir aún con el poeta:
Resucita un anhelo
De vivir, de gozar eternamente,
Y algo en mí alma estremecida siente
El ímpetu magnífico del vuelo.
Y cuando aún saboreo el ensueño ideal, Pilar aparece delante de mí muy

PICHONES A LA ITALIANA

Vaciados los pichones, se parten en tades y se untan ligeramente con manteca do, y echándoles un poco de sal y pimienta les puso, se rehogan ligeramente.

Cuando estén dorados, se cubren con caliente, y en lumbré floja se ponen a cocer. ta que les falte muy poco para estar cocida.

Hágase, mientras, una salsa, cuya cocción los higadillos y la sangre de los pichones, majan en el mortero, desliéndolos en eliente y sazónándolo con el zumo de limón, que se exprimirá despacio.

Viértase esta salsa en la cacerola en que cen los pichones y déjense éstos que cocer.

Cuando estén suficientemente tiernos rán en disposición de servirse.

EL MEDICO EN CASA

PARA CURAR RESFRIADOS DE CABEZA

En un recipiente cualquiera échase una charada de alcanfor en polvo y viértase agua hirviendo. Hágase un cucurucho que cubra el recipiente por la parte ancha, la estrecha se introduce la punta de la fin de respirar los vapores del alcanfor, tres o cuatro veces que se haga esto, si el te logra resistir bastante el cosquilleo duce, habrá conseguido curar el resfriado, lo menos, aliviarle considerablemente.

PARA CURAR LOS SABANONES

El molesto y doloroso picor de los sabanones se cura, evitando las consecuencias más dables aún que suele ocasionar el que se ten, poniendo sobre ellos un ajo machacado, debe retenerse el tiempo necesario para que materia cáustica haga su efecto.

Con este procedimiento, que puede ser las veces que sea preciso, se evita además ceración posible de los sabanones.

EN EL TOCADOR

USO DEL RODILLO DE GOMA

Para hacer adelgazar las caderas con el dillo de goma, hay necesidad de untarse con la siguiente crema reductora: extracto nuez vónica, 50 centigramos; vaselina, 30 mos; yodo metálico, 30 centigramos; esencia verberna, 5 gotas.

PARA DECOLORAR EL VELLO

Es preferible decolorar el vello a arrarlo. Para ello puede usarse la fórmula siguiente: benzoato de litina, 15 gramos; leche de avellanas, 300 gramos; tintura de benjuí, 60 coge; glicerina, 10 gramos; borax, 1 gramo.

PARA FAVORECER LA SALIDA DEL CABELLO

He aquí una gran receta para estimular la lida y crecimiento del cabello; balsamo del 4 gramos; médula de huesos de vaca, 100 mos; esencia de canela, 2 gramos; esencia bergamota, 1 gramo; tintura de cantárida, medio gramo; mixtura óleo balsámica, 50 dio gramos.

Imp. de M. Sinten Rotger. - P. Pablo Iglesias.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

— POR —

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(88)

Subiendo por el pinar me ha dicho con la voz temblorosa:

—Tengo que marcharme pronto, Gloria. Acaso a fines de mes, y antes... quisiera hablar formalmente con tu padre. ¿Me autorizas para pedir tu mano?

No he podido evitar un estremecimiento, y muy emocionada, muy turbada, héme visto en la precisión de responder:

—No, Manuel; no puedo autorizar-te a eso todavía.

Parándose tembloroso, asiéndome las manos con gesto de gran contrariedad.

—¡Gloria!—me ha suplicado—. No me tengas compasión, dime la verdad,

toda la verdad... quiero saberla... ¿Acaso no me amas?

El pinar, la vega, el castillo, el mismo a quien tenía delante, han comenzado a dar vueltas vertiginosas en derredor mío. He sentido una piedad tan inmensa hacia mi novio que, casi sin poder hablar de emoción, he contestado en voz baja:

—Sí que te amo, pero no lo bastante para formalizar tanto nuestras relaciones.

Tengo conciencia de que he obrado mal mintiéndole así, pero... ¿acaso podía yo resistirme a la súplica dolorida de aquellos ojos que me miraban con indecible amor? ¡Pobre Ardieta, tan bueno, tan enamorado!

¡Oh, si yo soy quien ha de decirle que todo ha terminado, creo que no tendré jamás ese valor!

Me ha mirado largamente, con una amargura infinita y yo me he estremecido hasta el fondo del alma, agitada por aquel desbordamiento de pasión que he adivinado.

Ya no hemos hablado más. En la escalinata un criado sujetaba su caballo. Iba a montar cuando, de pronto, ha recordado que su látigo estaba en el

vestíbulo. Mientras el criado ha ido a buscarlo me ha envuelto en una mirada de extravío, donde he leído en confuso tropel cosas trágicas y exquisitas en una mezcla absurda (el desconcierto de los momentos grandes). Luego ha saltado sobre su montura y sin aguardar más ha descendido la espiral en una loca carrera desenfundada.

En el silencio del crepúsculo tranquilo, el sordo rebotar de los cascos del alazán me ha parecido que repercutía con eco siniestro.

Fenollar, agosto...

Desde la terraza del castillo se domina un panorama deslumbrador. Brillan el mar, el río, los caseríos blancos, el verde de los hortales, las flores del jardín. Todo tiene reflejos de oro bajo el beso fúlgido del sol que abrasa.

Me cobija un toldo de lona muy fuerte que atenúa los resplandores de fuego y, bajo el taburete donde mis pies se apoyan, el piso de cemento recién regado respira una frescura refrigeradora.

El airecillo del mar mueve los rosales trepadores que suben por la ba-

lastrada, los jazmineros, las flores pasión, las grosellas. Ondulan en sus tallos los claveles rojos, blancos y rosados, despidiendo un perfume que marea. Cantan las cigarras, silba la sirena de un vapor. Más cerca de mí, las hoces brillan y el ris-rás que producen me adormece.

Un segador increpa a los otros enemigo de la charca del arrozal. Se eleva al cielo una copleja. Cierro los ojos. Quisiera dormir... Tengo un corto sueño feliz en el cual yo, no soy yo; es una mujer dichosa que ríe y canta y es amada, y... al despertar con hondo sobresalto por la trepidación del auto que sale de su cubil, antes de poderme dar cuenta de que toda aquella ilusión es un sueño, siento en mí un grito impetuoso de juventud, como un ansia loca, una oleada formidable de algo nuevo que me agita y me envuelve con sus tentáculos.

Podría yo decir aún con el poeta:
Resucita un anhelo
De vivir, de gozar eternamente,
Y algo en mí alma estremecida siente
El ímpetu magnífico del vuelo.
Y cuando aún saboreo el ensueño ideal, Pilar aparece delante de mí muy

elegante, con un lindo guardapolvo de color beige, que deja entrever un oscuro vestido de etamine negro transparente perla.

—¿Nos acompañas, Gloria? Perezosamente me incorporo, tando de sacudir la modorra.

—¿A dónde?

—A ver a los Blázquez. Vinieron a Hago un mohín de fastidio y con pena el panorama espléndido contemplación del cual pensaba que me la tarde.

—¡Anímate, tu padre también y tú tienes mucha falta de distinción de movimiento... Antes no era así—termina con reproche.

—¡No, antes no era así—repite amargura.

Y lentamente, voy a mi cuarto a cambiar la bata por un traje azul.

Fenollar, agosto.

Volvíamos a una gran marcha, conducido el auto por mi padre, que mina este deporte. Algo me había neficiado la distracción, el momento, la carrera vertiginosa a través los campos abrasados por la acción solar. La noche apuntaba